

PROLOGO

Debemos agradecer a Stefano Picciano y al editor Ut Orpheus por haber puesto a disposición del público este estudio profundo y bien articulado sobre la obra de Alirio Díaz y sobre el nexo con las raíces humanas y culturales del artista.

Desde hace más de cincuenta años, Italia se ha visto beneficiada por la presencia estable de este “gigante” de la guitarra, el cual se ha prodigado para dar innumerables conciertos y cursos (sin dejar de lado las numerosas publicaciones realizadas con la editorial Zanibon de Padua). Es maravilloso, aunque aún queda mucho por hacer, que un autor y un editor italianos, a través de este trabajo, contribuyan en forma tan significativa al conocimiento orgánico y sistemático de este aporte y de su significado para la vida cultural de hoy y del mañana.

Pero en la vida de la naturaleza humana hay un papel que es creador de sociedades: el papel del genio (...) que expresa en medio de la compañía humana, de forma mucho más aguda que los demás, los factores que esta misma compañía siente, tanto que estos últimos se sienten expresados en la creatividad del genio mucho más incluso que si se decidieran a expresarse por sí solos. Por eso nosotros sentimos que los ritmos de Chopin o los versos de Leopardi expresan nuestras melancolías mejor que si nosotros mismos nos pusiéramos a articular notas o palabras sobre el tema.

(L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*)

Esta definición de la genialidad – también la genialidad artística- ayuda a percibir que, en realidad y yendo propio a su origen, la separación entre “culto” y “popular” no tiene sentido. No todos “han estudiado” o poseen un gran talento, pero lo que el genio expresa nos pertenece a todos. Hoy en día es necesario recordar esto porque, con la progresiva pérdida de una idealidad común, también en la música la palabra “culto” se ha transformado cada vez más en sinónimo de erudito, académico, cuando no complicado, intelectual, incomprensible; mientras la palabra “popular” parece querer significar sólo lo “naïf”, o lo burdo, y hasta se usa para referirse a la mercantilización y masificación consumista.

En este volúmen se citan, por la síntesis entre el substrato popular y el lenguaje erudito, autores pertenecientes a las denominadas Escuelas Nacionales, y además Chopin y Liszt; pero se podría también hablar de Bach, del Renacimiento (Díaz citaría los estudios sobre la música popular de Chilesotti), de polifonía, de gregoriano, sin olvidarnos de la Opera lírica y lo que el conocimiento de la misma significó para enteras generaciones, aún auellas muy cercanas a la nuestra (pienso en las arias custodiadas en la memoria de nuestros abuelos, que quizás eran analfabetos...).

Este libro nos ilustra perfectamente el ejemplo de la trayectoria de Alirio Díaz, este “campesino que tocaba el cuatro”, cuidaba el ganado y al mismo tiempo aprendía de memoria la Divina Comedia, que se convertiría en uno de los más célebres virtuosos de la guitarra de nuestros tiempos, admirado por Celibidache y por Rodrigo, y que ha puesto en sus interpretaciones toda la vitalidad y la sabiduría que nacen de ese “sustrato” cultural que él mismo siempre recuerda con gratitud. Este ejemplo indica (como el arte de Villa-Lobos y de Sojo, aquí citados) que también hoy culto y popular son –pueden y deben ser- lo mismo. Y esto será posible mientras que esté vivo ese sentir ideal común que genera un pueblo y sus Maestros.

Mientras agradezco a mi vez, en esta bella ocasión, al Maestro Díaz por todo lo que su presencia ha sido y es para mi, siento que puedo decirle, humildemente pero con firmeza, que sus idealismos artísticos encuentran eco también hoy. Hace algunos años el Maestro se sorprendió porque, dijo, fui el primero de sus alumnos que le pidió el texto de los cantos venezolanos que él había transformado en estupendos asolos de guitarra. Poco tiempo después pude decirle que algunos de estos cantos, revestidos de los maravillosos acompañamientos “Sojo-Díaz”, los estaban ya cantando miles de personas. “Jamás la música venezolana tuvo tanto público”, comentó una vez.

Pero otro ejemplo de continuidad lo encontramos también en aquellos compositores (de los cuales existen obras también en la colección que dirijo para Ut Orpheus) que no renuncian a poner su creatividad al servicio de una música que, aunque plenamente conciente del desafío de la época contemporánea, sea “encontrable” tendencialmente por todos.

¡Gracias Maestro!

PIERO BONAGURI